

Ruperto al rescate

Roy Berocay

Ilustraciones de Daniel Soulier

loqueleo

Para Lydia, cuando era niña.



Hacía tanto pero tanto calor que los cangrejos se escondían bajo las piedras a orillas del arroyo Solís Chico y se abanicaban usando hojas de eucalipto. El sol era una pelota amarilla incendiada en el cielo del mediodía.

7

—¡Qué calor! —decía un cangrejo que sudaba a chorros.

—Sí, ¡qué calor! —le contestaba otro cangrejo.

—Esto no puede durar mucho —sostuvo entonces el primero.

—Ah, no, para mí que no dura, no, señor —agregó el otro.

Asomándose desde sus escondites, los

dos cangrejos observaban el cielo y veían con preocupación que más allá, del lado del mar, se acercaban unas nubes gordas y muy oscuras.

8 No muy lejos de ahí, que es lo mismo que decir cerca de ahí, un famosísimo sapo detective estaba echado dentro de su cueva tratando de dormir una siesta de verano.

El sapo Ruperto, el detective más famoso del arroyo, el megacrack de los batracios, el capo, el malla-oro* de los bichos verdes, estaba acostado sobre una cama hecha con gomas de borrar. Pero no había caso. Por más que cerrara los ojos, no lograba dormir. Se daba vuelta para acá, se daba vuelta para allá, se caía de trompa contra el suelo porque la cama era medio angosta, y nada: no podía cerrar los ojos. Bueno, cerrarlos podía, pero sudaba tanto que cada vez que quería moverse tenía que hacer mucha fuerza para despegarse del colchón.

*“Malla-oro” es la expresión que se usa en Uruguay para referirse al ganador de la vuelta ciclista nacional.

—Es inútil —se dijo—. No voy a poder dormir.

Entonces se levantó, se puso unas bermudas anaranjadas que tenían unos hermosos dibujos de cucarachas, una de sus comidas favoritas, y salió muy lentamente pensando en darse una buena zambullida en el arroyo. 9

Apenas salió de la cueva pisó la arena, una arena que hacía horas que estaba bajo los rayos del sol.

—¡A la pipeta! —se quejó al quemarse una pata, y retrocedió un poco. No sabía qué hacer, la orilla estaba ahí cerquita, pero para llegar tenía que cruzar por la arena hirviente.

—Me voy a quemar hasta el...

Ruperto se detuvo, sabía que por ninguna razón debía usar esa palabra en un cuento para niños. Sería medio de mala educación.

—Me voy a quemar hasta el amanecer —se dijo.

Miró el cielo, sintió el calor, miró la orilla, llena de agua fresca, entonces tomó impulso y empezó a saltar hacia el arroyo.

—¡Ay, ay, ay, ay!

10 Cada vez que sus patas se posaban sobre la arena, Ruperto se quejaba y pensaba en muchas otras palabras que nunca podría decir en voz alta.

Finalmente llegó a la orilla y se tiró de cabeza al agua.

¡Ah! ¡Ahora sí! La frescura del agua lo envolvió como en un abrazo. Estaba tan contento que se puso a nadar a toda velocidad. Cuando había nadado unos cuantos metros, vio que debajo del agua pasaban un montón de peces. Ellos nadaban arroyo arriba.

—¡Hola, peces! —saludó Ruperto muy contento—. ¿Dónde van con tanto apuro?

Un pez pequeño y plateado, igual que todos los demás, se asomó a la superficie.

—Ah, hola, Ruperto. ¿Qué calor, no?

—Más bien qué calor sí —contestó el sapo—. ¿Para dónde van tan apurados?

—Nos vamos arroyo arriba, lejos del mar y la desembocadura —le dijo el pez—. Vamos a ponernos a resguardo porque se viene.

—¿Quién se viene?

11

El pez levantó una aleta y señaló el horizonte. Ruperto nadó un poco y observó aquellas nubes oscuras y amenazantes.

—Pero si están recontra lejos —dijo el sapo.

—Como sea —contestó el pez—, pero no nos vamos a quedar a esperar a que se venga.

El pez se despidió, se hundió y se alejó nadando a toda velocidad hasta alcanzar a sus amigos.

Ruperto se quedó allí en el agua, flotando panza arriba, haciendo la plancha, hasta que se aburrió y se volvió a la orilla. Allí vio

a los dos cangrejos que seguían abanicándose a la sombra de las rocas.

—¡Qué hacés, Ruperto! —le gritó uno de los cangrejos a modo de saludo.

—Sí, ¿qué onda contigo? —le dijo el otro cangrejo.

12 —Y... acá estamos, refrescándonos. ¿No nadan?

—No nadamos nada —dijo el primer cangrejo.

—Nada de nadar —sostuvo el segundo—. ¿No ves que se viene?

Ruperto volvió a mirar hacia el horizonte. Estiró una pata hacia las nubes y cerró un ojo como si estuviera calculando algo.

—Tranquilos, cangres, esas nubes están como a setecientos cuarenta y cuatro mil doscientos veinticinco kilómetros de distancia.

Los cangrejos se miraron asombrados. Es que verdaderamente Ruperto era un capo

para calcular distancias. Por algo era el héroe de todos los bichos.

Claro que los cangrejos se impresionaban más porque ellos solo sabían contar hasta cuatro.

Momentos más tarde, después de que Ruperto, ay, ay, ay, pegara saltos para volver a su cueva y volviera a quemarse hasta el apellido de su abuela, sucedió algo.

13

Allí, esperándolo junto a la puerta de su cueva-oficina, había varios bichos, un cascarudo gordo y negro llamado Toto, una hormiga colorada, una blanca y otra progresista.* Y todos los bichos estaban muy alborotados.

—¡Al fin llegaste, Ruperto! —le dijo Toto y las hormigas asintieron.

—Es lo que tengo —contestó el sapo—. Cuando llego, llego.

—Es que pasó algo, algo muy importante —explicó Toto—. Y no sabíamos a quién recurrir.

*Este chiste hace referencia al Partido Blanco, al Partido Colorado y al Frente Amplio, todos partidos políticos de Uruguay.